



EL FUTURO SERÁ MEJOR MAÑANA

DAVID RODRIGUEZ CORDÓN

editorial
SELEER

David Rodríguez Cordón

El futuro será mejor mañana



Título Original: EL FUTURO SERÁ MEJOR MAÑANA

© 2013 David Rodríguez Cordón

© 2013 Editorial Seleer

info@editorialseleer.com

www.editorialseleer.com

Impreso en España / Printed in Spain

Impreso por EDITORIAL SELEER 2013

Maquetación: Girón Canseco Cynthia D.

Iª edición

ISBN: 978-84-941788-4-9

Depósito Legal: MA 1777-2013

Impresión: ESTUGRAFF IMPRESORES

A mi mujer y mi hijo

Prólogo

30 de abril de 1945. 15.30 horas. Tras el sonido de un disparo en el *Führerbunker* el silencio se apoderó del habitáculo personal de Adolf y Eva. El minúsculo retumbar ocasionado alertó al joven y fornido oficial de las SS Rochus Mish, guardaespaldas personal de Hitler, que corrió a ver lo sucedido.

Después de ser detenido por el ejército ruso, dos días más tarde del suceso, Mish detallaría la dantesca escena que allí encontró y que se le quedaría grabada en la retina para el resto de su vida. Hitler estaba doblado sobre sí mismo en un sillón, con la cabeza encima de la mesa. Un hilo de sangre le manchaba la cara y su boca exhibía una horrible y deformada mueca. La Walther PPK de 7,65 milímetros que portaba caía de su mano derecha. Eva estaba tendida en el diván, con los ojos abiertos y vueltos hacia él.

Pero para asombro de los soviéticos, no todo acabaría ahí. Cuando los hombres de Stalin recuperaron el que parecía ser el cadáver del dictador, se encontraron con otra sorpresa. En uno de los bolsillos de su destrozado uniforme había guardado un valioso documento, un telegrama con una misteriosa leyenda que, hasta ahora, nunca nadie ha sabido descifrar: *La flota submarina alemana está orgullosa de haber establecido un paraíso terrestre secreto, una fortaleza inexpugnable para el Führer en un lugar del mundo.*

El puño y la letra que rubricaban aquel telegrama pertenecían al Gran Almirante alemán Karl Dönitz.

Semanas después de salir de España, estaba sentado en un despacho improvisado de una habitación de hotel de mala muerte. Hacía treinta grados y una humedad en el ambiente del noventa por ciento. Para colmo, el ventilador del techo estaba averiado. Con una botella de ron barato en el escritorio y una lágrima a punto de caerle por la mejilla, se decidió a escribir en su portátil el informe de todo lo ocurrido. Un escrito que parecía ser el desenlace de esta épica aventura:

(...) Aun no soy consciente de lo que nos pasó. Aquellos tesoros mágicos perecieron por completo: el Arca de la Alianza, el Cáliz de Jesucristo o aquel impresionante Sudario Sagrado fueron pasto de las llamas. Tampoco hubo salvación alguna para los documentos confidenciales, con nombres y apellidos, de quienes hoy siguen entre nosotros. Todo, absolutamente todo, fue devorado por el fuego que se originó en aquella infernal villa andaluza. Pero además de estas graves pérdidas materiales, de incalculable valor, sus preciosos ojos se cerraron ante mí para siempre. Su luz se apagó. Y lo más lamentable es que no pude hacer nada para evitarlo. Esos despreciables fueron los causantes. De una forma u otra, sesenta y tres años después del final de la Segunda Guerra Mundial, los vencidos

han acabado venciendo. Soy el único culpable de todo lo narrado y lo asumo. Aunque he de decir que quienes hoy dirigen puestos de responsabilidad nacional y podrían haber actuado, nunca prestaron su apoyo. Siempre anduvieron entorpeciendo una misión que habría cambiado el curso de la historia, además de reescribirla. Asco de política. Asco de políticos.

Para terminar, solo quiero dar las gracias a mis compañeros, a los que están y a los que nos acaban de dejar, por tantos y tan buenos años de trabajo. Con estas palabras presento mi dimisión irrevocable.

En Guyana, a 22 de septiembre de 2008.

P.D.: He dado con él y le atraparé, aunque sea lo último que haga.

Fin

1

Meses antes del anterior desenlace, a ciento treinta kilómetros de Berlín....

La noche era fría en la ciudad germana de Magdeburgo. Sus vecinos dormían ajenos a los titulares de prensa que las rotativas de los medios locales imprimían ya en las ediciones del nuevo día.

Hallan con signos de violencia el cadáver de un hombre aún sin identificar.

Según fuentes policiales, la brigada de homicidios ha calificado el suceso de dantesco a la vez que macabro. El cuerpo estaba en la cama con la cabeza destrozada por completo y en la cara le han dibujado con un arma punzante lo que podría ser una esvástica.

—Buenas noches, comisario —saludó cansado, después de toda la noche, el detective encargado de la investigación del caso tras llegar a las dependencias policiales.

—¿Qué puede decirme hasta el momento, Gerard? —Respondió su corpulento jefe.

—Nunca había vista algo igual, señor. Sobre todo por la crueldad y el odio con el que le han grabado esa cruz gamada que le abarca todo el rostro —le explicaba, mostrándole las fotografías del terrible hecho—. El dormitorio estaba lleno de sangre por todos lados. Paredes, techo, suelo, cama... incluso el pasillo de salida de la habitación parecía estar tintado de carmín.

—Gerard, váyase a casa a descansar. Sucesos como éste nunca pasan en mi ciudad. Necesita recomponerse para seguir tras la pista de este terrible asesinato.

—De acuerdo, jefe. Gracias... ¡ah! por cierto, esta carpetilla estaba en la cómoda del fallecido. Lo que hubiese en su interior ha desaparecido.

Con la cara descompuesta, el comisario de policía espetó: —Habrà que mantener esto en secreto, agente, al menos hasta que esclarezcamos algo. Si la prensa se entera de la célebre identidad del personaje al que han matado esta noche, se nos cae el pelo a usted y a mí. Tanto su nombre como la aparición de este portafolio sin documentación, solo lo sabremos nosotros. Al menos de momento.

En ese archivador vacío, de color beis envejecido, figuraba el logotipo del *Bundesnachrichtendienst*, o lo que es lo mismo del Servicio de Inteligencia Alemán. Un misterio que no hubiera aumentado aún más la preocupación de la policía alemana de no ser por la borrosa inscripción del sello que figuraba estampado en esa carpeta: *Spitzengeheimnis* -Alto secreto-.

Mientras, en Constantina, provincia de Sevilla...

En un cartel con la imagen corporativa del gobierno regional -la Junta de Andalucía- y de la autoridad eclesiástica pertinente -el Arzobispado de Sevilla- rezaba:

Obras de restauración de la finca La Carlina como nuevo Monasterio de Clausura de Nuestra Señora de los Ángeles.

Una multitud de obreros trabajaban en una intensa rehabilitación que, después de casi cuatro años, daría al pueblo un nuevo convento de la orden religiosa de San Jerónimo.

Empezaba el tiempo de mucho sudar por la geografía del sur de España y unos termómetros más propios del verano hacían casi asfixiante el trabajo de albañil. Así que, el que no se había despojado de la parte de arriba del mono, llevaba una camiseta de tirantas que dejaba entrever la rudeza del trabajo al que estaban expuestos. A ver quién era el guapo que le insinuaba a la cuadrilla de peones eso de que de Despeñaperros para abajo la vida se toma con más calma y se trabaja menos. Gilipolleces y sambenitos. Los botijos con agua fresca iban de acá para allá durante las siete largas horas que duraba la jornada laboral, para muchos a destajo. Ese era el mejor refrigerio con el que podían contar para evitar posibles insolaciones y deshidrataciones.

Tanto fuera como dentro de la finca, los obreros se aplicaban sin descanso para que la inauguración se produjera en la primavera del próximo año y así cumplir los plazos previstos. Todo según lo tipificado por el arquitecto responsable del proyecto, quien había trazado sobre plano un espacio de lo más contemplativo para las monjas. Incluyendo, por supuesto, unas instalaciones acordes a los nuevos tiempos.

—Pepe dame ese taladro de ahí encima, que no soy capaz de quitar esta puñetera loseta con el martillo y el cincel —solicitaba un albañil a otro.

—Toma, Manolo. Dale fuerte a toda esa zona —indicaba muy explícito con el dedo—, que hay que levantar sea como sea la vieja solería.

Los dos peones, con acento bien marcado de la tierra y a los que se les intuía una mala dieta, tenían como objetivo picar las paredes y el suelo de un rancio trastero que poseía el caserón. Un cuartucho de la planta baja lleno de humedades, polvo y telarañas, y en cuyo inventario figuraban varios muebles carcomidos tapados con sábanas y una vieja acuarela que colgaba de la pared y que representaba un lago rodeado por montañas.

Su tarea marchaba bien hasta que, de manera súbita, un extraño sonido se hizo protagonista.

—¿Qué carajo ha sido eso?

—No tengo ni idea, Manolo, pero parece como si hubiera algo aquí debajo. Suena hueco.

—Pues endiñale fuerte, a ver qué sale de ahí.

Cinco minutos de taladro después, se toparon con algo que les causó estremecimiento y confusión.

—¿Pero esto qué coño es? —Preguntaron a la vez los dos trabajadores boquiabiertos.

¿Qué hacía una escotilla maciza bajo el piso de una antigua habitación llena de mugre?

La impactante compuerta era rectangular y por sus dimensiones debía ser pesadísima. Mediría alrededor de un metro ochenta de largo por uno de ancho. Un pomo giratorio en forma de timón, y todo oxidado, se encontraba junto a una ventanilla de cristal.

Aunque la curiosidad matase al gato y ellos, en este caso, fueran los gatos, los dos currantes tenían que averiguar a toda costa qué era esa cosa que acababan de descubrir. Tras asomarse ambos por la ventana de la escotilla, y no observar nada de nada -solo profundidad-, decidieron girar el pomo. Sin embargo, y a pesar de la considerable envergadura de los albañiles, la oxidación era tal que lo único que consiguieron nuestros amigos fueron sendas torceduras de muñeca.

—Pepe, trae *pa' cá* la llave inglesa *joé*.

Y la fuerza superó a la maña. Aquello -dar otra definición sería errónea- se abrió. Una gran bocanada de aire, en forma de alarido, salió de allí expulsada y casi espantada.

El miedo se apoderó tanto de nuestros dos supersticiosos amigos que salieron corriendo por patas del lugar. A sus espaldas dejaban una sorprendente y misteriosa escotilla metálica, con un raro símbolo casi desdibujado en forma de araña y una estrecha e infinita escalerilla que se encontraba en su interior. Los albañiles debieron pensar que conducía hasta el infierno. Desde luego no les faltaba razón.

3

Lejos de allí, en las Islas Canarias...

La lluvia de disparos se escuchaba a kilómetros de distancia. Tres todoterrenos de considerable envergadura eran los culpables de una desenfundada persecución por el árido paisaje volcánico de Lanzarote. Uno de los vehículos vestía los colores de las fuerzas y cuerpos de seguridad y los otros dos, negros, en chapa y cristales, parecía que llevaban grabado «somos los malos». Pero no es oro todo lo que reluce y el 4x4 de la policía acababa de ser robado y los gigantes oscuros con tracción en las cuatro ruedas tenían nombre propio: GOE.

De las ventanas de todos los vehículos salían enormes brazos que, dedo en gatillo, mostraban armas inimaginables de lo más impactante. Las musculosas extremidades, con águilas tatuadas, enseñaban esos pistolones que llevan los Grupos de Operaciones Especiales antiterroristas: la Sig Sauer P226. A su vez, los perseguidos mostraban subfusiles MP5, o lo que es lo mismo las metralletas automáticas preferidas por el enemigo. Un enemigo bien organizado en bandas y especialmente peligroso por su extrema violencia.

De repente, una voz:

—No los maten a todos o nunca encontraremos lo que están buscando.

Esta será la primera vez que escuchemos las coherentes palabras del doctor Diego Cervantes.

—¡Usted límitese a callar y a cubrir su trasero! —Le gritó el GOE que parecía estar al mando.

El ir y venir incesante de balas comenzó a provocar los primeros heridos en ambos bandos.

Esta intrépida cacería había comenzado cuando una organización de atracadores y expoliadores, con ideología cercana a la extrema derecha, empezó a actuar en España dejando a su paso un triste historial de asesinatos. Mataron y colgaron a toda una familia de seis miembros, en la zona de Levante, para hacerse con una valiosísima colección privada de pintura. Los chismorreos entre los ricachones del lugar decían que esa pinacoteca privada fue objeto de los saqueos que las SS llevaron a cabo en la comunidad judía y que luego, al cabo de los años, volvió a los descendientes de sus propietarios originales. Asimismo, prenderían fuego a la vivienda de un conocido galerista leonés —con éste dentro— con el objeto de no dejar huellas. Todo ello tras llevarse el preciado tesoro que aquél escondía: el original de *Mein Kampf* que el propio Hitler escribió en prisión. O el lamentable incidente en el que golpearían hasta matar, con un puño americano, a una acaudalada alfarera afincada en Granada que atesoraba en su alcoba la que dicen es la auténtica Lanza de Longinos. De ser así, la lanza que Viena expone en su museo Schatzkammer sería una burda réplica. Podríamos llevarnos así hasta varios días enunciando el currículum delictivo que esta organización criminal tiene no solo sobre territorio patrio, sino también fuera de sus fronteras.

El caso es que esta banda estaba tan bien formada y estructurada que seguirles la pista implicó que el Cuerpo de Policía solicitase la ayuda de expertos civiles en la materia. El Ministerio del Interior, a través de su homónimo de Innovación y Ciencia, reclamó al Consejo Superior de Investigaciones Científicas -CSIC- que sus mejores hombres se incorporasen de inmediato a la investigación para, con

sus conocimientos, ayudar a atrapar a esos asesinos. De este modo, seleccionaron a los componentes más cualificados del Instituto de Historia, uno de los siete institutos que componen el Centro de Ciencias Humanas y Sociales que tiene este organismo estatal.

La ayuda de estos «ratones de laboratorio», como los llamaban los fornidos agentes, había supuesto la detención del cerebro de la banda. Gracias a los formidables contactos de este equipo de investigadores, se consiguió echar el guante a un viejo anticuario de Madrid que era quien encargaba directamente los trabajitos para que los ejecutasen los delincuentes que nos ocupan. Una vez que esos encargos finalizaban, el mencionado coco de la banda introducía los valiosos objetos robados en el mercado negro. Al final, y tras emplear algún que otro método poco ortodoxo, aquél acabó cantando y delatando a los atracadores. Sin embargo, la policía no contaba con que este grupo de ladrones fascistas de tendencia violenta estuviera inmerso en un nuevo negocio. Un *business* que ya había dejado un buen reguero de sangre a sus espaldas. Y es que, según cuenta la leyenda, los nazis desembarcaron en Lanzarote en algún momento de la década de 1930 para indagar en los orígenes de los guanches y su posible vinculación con la raza aria. Durante su estancia, estos habrían escondido o perdido de alguna forma en la isla una serie de piezas de arte de incalculable valor que ya traían consigo. Y es que hablamos de oficiales pertenecientes a la Ahnenerbe -división ocultista de las SS creada por Heinrich Himmler-, que fueron enviados a una campaña expedicionaria por el norte de África para buscar toda clase de objetos místicos y esotéricos a los que el nacionalsocialismo rendía culto.

Los disparos continuaban.

—¡Dale al depósito! —Ordenó el GOE con más galones a un subordinado.

Segundos después, el todoterreno al que pisaban los talones se vio

envuelto en una terrible explosión. El estruendo sonó en toda la geografía conejera. Los cinco delincuentes volaron por los aires, pero no todos perecieron. Aún quedaban dos con vida: los más crueles y despiadados, quienes se marcharon corriendo por un sendero que parecía conducir hasta un lugar concreto. De hecho, a pocos minutos de la zona donde se encontraba el vehículo en llamas se hallaba la entrada de la conocida Cueva de los Verdes. Sin duda, mal día para visitarla. Los turistas que allí aguardaban cola estaban desconcertados por el grotesco sonido que acababan de oír y con los dos hombres armados que, a toda prisa, veían cómo se les acercaban.

—Tú vienes conmigo, zorra —susurró amenazante uno de los atracadores a una turista mientras la agarraba por el pelo y la tomaba como rehén.

La llamarada del coche incendiado sesgó a los otros dos que iban tras él, provocando que el primero de los vehículos conducidos por los GOE se estrellase contra una enorme higuera. El segundo todoterreno también perdió el control, lo que le hizo dar varias vueltas de campana. Tras el terrible accidente sufrido, un goteo de ocupantes comenzó a salir de los vehículos a toda prisa. Por fortuna, no hubo que lamentar ninguna baja. El grupo de élite lo formaban siete agentes especiales y otros tres miembros que, claramente, se distinguían por no pertenecer a aquél. Estos últimos formaban el destacamento que el CSIC había mandado para dar apoyo a tan peligrosa y complicada misión. Diego Cervantes, Pedro Larraondo y Helena Hita formaban un triángulo intelectual efectivo-afectivo, a la vez que audaz.

—¿Estás bien, Diego?, ¿me oyes? abre los ojos, por favor —preguntaba temerosa Helena a su compañero. Éste iba en el coche que se había estrellado y se había dado un buen golpetazo al no llevar puesto el cinturón.

—¡Despierte de una jodida vez, Cervantes, que se nos van a escapar! —Le recriminó el GOE al frente de la operación.

Diego abrió de inmediato los ojos:

—Sí. Lo siento.

—¡Estas bien! —Gritó Helena.

—No te preocupes, que si el mandamás no le ha matado ya, éste sobrevive a cualquiera de nosotros —comentó en tono jocoso Larraondo.

—¡Se han escapado por allí! ¡Vamos! ¡No hay tiempo!

En la taquilla de la Cueva de los Verdes los visitantes habían disuelto la fila para atender a la familia de la chica que los atracadores habían secuestrado. Su madre, que yacía en el suelo tras desmayarse por lo sucedido, gritaba desconsolada pidiendo auxilio: —¡Se han llevado a mi hija! ¡Asesinos! ¡Que alguien nos ayude!

—No se preocupe, señora, se la traeremos de vuelta sana y salva —sentenció un fornido agente que, ataviado con una mochila rebosante de armas de fuego, un casco y un imponente chaleco antibalas, se había agachado para cogerla de la mano.

—Yo me quedo con ella. Id vosotros dentro con la policía —dijo la doctora a sus compañeros.

La Cueva de los Verdes, al igual que los Jameos del Agua, es una sección del conocido como Túnel de la Atlántida. Un túnel que tiene una extensión de seis kilómetros en la superficie y un kilómetro y medio bajo el mar. Se trata del corredor volcánico más largo del mundo. La cueva en la que se iban a adentrar Diego, Larraondo y los grupos especiales formaba parte de la colada de lava proveniente de la erupción del Volcán de la Corona, que avanza hacia el mar desde hace más de cuatro mil años.

Según un antiguo escrito redactado en alemán y que figuraba en poder del anticuario y cerebro de los malhechores, los expedicionarios nazis iniciaron una excavación en la Cueva de los

Verdes para conseguir pruebas que corroborasen los orígenes de la raza aria en Canarias. Al parecer, las SS manejaban extravagantes referencias literarias sobre los primeros pobladores de Lanzarote. Los aborígenes canarios eran descritos, por ejemplo, por Giovanni Bocaccio en el siglo XIV, de manera un tanto romántica, realizando sus virtudes y poniendo de manifiesto su desconcertante refinamiento y desarrollo social y religioso. Bocaccio erró y explicó que eran de gran estatura, rubios y de ojos azules, estableciendo unos rasgos ratificados por otros cronistas en épocas posteriores y que se adaptaban de forma perfecta al prototipo ario que tanto ambicionó Himmler para el Tercer Reich. A pesar de todo, para cuando la arqueología y la antropología rechazaron estas extravagancias evolutivas con el paso del tiempo, la figura del «buen salvaje» ya había cautivado a los estudiosos germanos que no tuvieron reparo en adjudicarles un origen centroeuropeo, llegando incluso a contemplarlos como descendientes de los pueblos que inspiraron la heroicidad de los mitos teutónicos. Sin lugar a dudas, algo absurdo y carente de cualquier rigor científico, ya que está probado que los primeros habitantes del archipiélago canario procedían del norte de África.

Con todo ello pues, cuando los guardias alemanes estaban horadando el abrupto terreno del lugar se vieron sepultados por un agresivo desprendimiento. La excavación que se estaba llevando a cabo en una recóndita y escondida gruta de este túnel volcánico provocó que toda una expedición formada por casi un centenar de hombres quedase allí sepultada. Pero además, al tener instalado el campamento base en esa galería pétreo, muchos de los objetos definidos como espirituales y encontrados por los nazis en el continente negro también quedaron enterrados cuando el techo se vino abajo.

—Es por aquí —señaló el delincuente que llevaba a la rehén a rastras.

—No, hay que acceder por esa abertura de ahí —corrigió el criminal que parecía llevar la voz de mando.

—Creo que te equivocas. Según el mapa que nos dio el viejo, hay que ir por ese hueco. Hazme caso o te vuelo los sesos a ti y a esta perra. Con eso me quito lastre y todo el botín será mío.

—¡Allí están! —alertó Cervantes a los agentes especiales.

Una nueva lluvia de cañazos comenzó a caer sobre la cueva.

—Usad las armas lo justo y necesario. Tenemos que intentar que la rehén no sufra ningún rasguño. Ese es siempre nuestro principal propósito —recordó el líder del grupo.

—¡Sí, señor! —Gritaron al unísono todos los agentes.

—Ten cuidado Larra, esos tíos quieren cepillarse a todo aquel que interfiera en su camino. Hay que salvar la vida, aunque solo con eso no vale. Tenemos que conseguir a toda costa descubrir los tesoros que aquellos desalmados perdieron aquí.

—Estoy impaciente por palparlos, saber qué son y poder analizarlos en el laboratorio.

—Apuesto a que sea lo que sea que encontremos, su edad no será inferior a los dos mil años —dijo Diego con la emoción propia de un adolescente a punto de besar a su amada.

—Déjense de conversar y agáchense, porque si no... ¡aaagghhh!

De repente, un chorro de sangre salpicó la cara de los historiadores. El disparo de uno de los homicidas dio de lleno en el rostro del GOE más condecorado haciendo que cayera fulminante al suelo.

—¡Hombre herido! ¡Hombre herido! ¡Han dado al jefe! ¡Cuidado! ¡Protéjanse! —Alertó el segundo de a bordo al resto del grupo, a la vez que velaba por la seguridad de los dos hombres de apoyo.

Con los dedos en la carótida, el doctor Cervantes asentía con la cabeza al policía: —Lo siento, no hay nada que hacer —lamentó.

—Chicos, el dolor es temporal y el orgullo dura toda la vida. ¡Atrapemos a esos hijos de puta sea como sea! —Peroró el nuevo superior al frente.

Entre tanto, los delincuentes alardeaban orgullosos de haberle volado los sesos al agente.

—Aprovechemos ahora para seguir y encontrar la gruta exacta —dijo uno de ellos.

Allí estaba la ansiada caverna, casi intacta ochenta años después. El tiempo y el espacio se detuvieron en ella tras el derrumbe. Fragmentos de roca del tamaño de una motocicleta lo cubrían todo. Observando bien, desde la distancia, se podía divisar lo que parecían uniformes del ejército entre los enormes cascos. Incluso se intuía una carpa. No era de extrañar que ésta fuera la estructura del campamento base.

—Vamos a recuperar tantas piezas sepultadas como podamos antes de que esos polis de mierda se nos echen encima.

...

Para cuando Larra y Diego lograron acceder a la gruta oculta, los GOES ya habían conseguido reducir a los despiadados buscatesoros y liberar a la joven que tenían retenida. Era más fácil resbalar por pisar un casquillo de bala que tropezar con una de esas enormes piedras que dificultaban la entrada. Algo que evidenciaba el fuego cruzado que se acababa de producir entre ambos bandos. Aunque en esta ocasión las bajas había que apuntárselas al enemigo.

—Por fin —pensó aliviado Diego al saber que ahora sí, después de varios meses persiguiendo a esos sanguinarios delincuentes, podría echarse a la cara los valiosísimos objetos que los nazis sustrajeron de África.

—Lo siento, solo pueden llegar hasta aquí —advirtió contundente, con la mano levantada, un agente especial a los dos miembros del CSIC.

—¿Cómo? ¿Sabe usted quiénes somos? —Preguntó Larra, sorprendido.

Después de unos segundos analizando lo sucedido reseteó su tono y, tras coger aire, prosiguió -aunque la mala leche continuaba llenando su estado de ánimo.

—Somos Diego Cervantes y Pedro Larraondo, los dos historiadores que ustedes han utilizado o manipulado para desenmascarar esta violenta red de atracadores. Así que, por favor, déjenos pasar.

—Lo siento, tengo órdenes —zanjó el policía.

—¿Órdenes? ¿Órdenes de a quién joder? Si ustedes, los cuerpos es-pe-cia-les, —el retintín sobrevoló esta última palabra— han llegado hasta aquí ha sido gracias al trabajo de este señor, del mío y el de la señorita Helena Hita, que se encuentra fuera tranquilizando a la madre de la chica retenida. Sin nuestra ayuda nunca habrían cazado a estos asesinos. Muchas armas y muy poco cerebro.

Justo cuando el GOE iba a encararse con Larra, se escuchó: —¿Qué diablos pasa aquí?

—Estos señores, que quieren fisgonear en la gruta —respondió el policía al ahora jefe al mando del Grupo de Operaciones Especiales.

—Su superior nos dijo que podríamos analizar todo lo que hallásemos en esta cueva si lograban abatir a los malos —explicó indignado Cervantes.

—Ahora yo estoy al mando. Aguilera ha caído en acto de servicio y todo lo que él les prometiera ha dejado de tener validez. Su muerte ha cambiado las cosas. Así que, en este momento, yo digo que ustedes no pueden entrar y no hay más que hablar. Todo lo que aquí se encuentre está bajo secreto sumarial y es parte de una investigación judicial. Desde este mismo instante se les prohíbe tener acceso a cualquier cosa que descubramos.

—¡Usted es un cabrón embustero! —Replicó Diego—. Los mandos de la dirección general de la policía prometieron a nuestros

jefes que podríamos estudiar las piezas ocultas que aquí se encontrasen, a cambio de colaborar y ofrecer toda nuestra ayuda.

—Omitiré el insulto. Su participación en esta misión ha sido un grave error desde el principio. Sin su apoyo también habiéramos conseguido atrapar a esa gentuza. Nunca les hemos necesitado a ustedes y menos ahora. Así que, les agradecemos su... ¿cómo decirlo...? ineficaz colaboración. Su tiempo aquí ha terminado, doctorcitos. ¡Duarte! ¡Marco! Llévense a estos turistas extraviados fuera de la Cueva de los Verdes y acompáñenlos hasta el aeropuerto. Una vez allí, asegúrense de que abandonan Lanzarote para siempre. *Bon voyage.*

Aquel robusto y canoso GOE se despidió con una malvada sonrisa.

—Ojala se pudra —maldijeron abatidos Diego y Larra.

Tras salir de lugar, le explicaron a Helena que después de haberse dejado la piel y de jugarse el pescuezo para atrapar a la peligrosa banda, el tristemente recién estrenado mando del operativo les había propinado una patada en el culo. Además, bien fuerte.

Desolados por no saber qué fantásticos elementos, adorados por la Alemania nacionalsocialista, estarían desenterrando en esos momentos los GOES, la isla les vio marchar. Un avión de las Fuerzas Armadas les condujo de vuelta a casa.

Sonó un móvil en la península: —¿Quién es? —Contestó con voz grave e imponente su propietario.

—Escucha, de parte de los tres: tú y los capullos del Ministerio del Interior os podéis ir a tomar por el culo. Nos cogemos unas vacaciones. Ni se os ocurra localizarnos —y con estas palabras de enfado, Cervantes colgó el teléfono.